

pedirá, siendo, como es, libre para ello; mas, por otra parte asegura que, en pidiéndoselos, sin ninguna duda los alcanzará. Es dudoso que el hombre quiera pedirlos; pero no lo es que Dios los dé al que los pida. ¡Oh Salvador mio! Esclareced mi alma para que conozca el don de Dios, y movedme con eficacia á que le pida de modo que lo alcance. Si Vos tenéis sed de mi salvación, yo deseo vivamente saciaros, porque quiero con todas veras salvar mi alma. Decidme lo que queréis; pedidme cuanto deseéis, que no es justo, dándoos todo á mí, os niegue yo cosa alguna. ¡Oh alma! ¿Has visto la generosidad de Jesús contigo? ¿Ves cómo nada te niega? Y tú, ¿desechas sus inspiraciones y súplicas?

Punto 3.º *Propiedades de la divina gracia.*—Considera cómo pensando la Samaritana que Jesús le hablaba del agua del pozo, le objetó: «No tienes con qué sacarla, y el pozo está hondo: ¿cómo me darás agua viva?» En cuyas palabras se ve palpablemente la propiedad del hombre animal de que nos habla san Pablo ¹, que mientras es muy diligente para todo lo que concierne al cuidado y gustos del cuerpo, no percibe ni comprende las cosas de Dios, ni piensa que haya otra agua viva que la que mana de las fuentes que ve al ojo. Tal vez tú has merecido con tu porte ser comprendido en esta clase tan degradada. Pondera en la respuesta del Señor declaradas las propiedades de la divina gracia; porque dice que el agua que Él dará quita la sed para siempre, formándose en el que la recibe una fuente de agua viva, que saltará hasta la vida eterna. El agua de la divina gracia quita primeramente la sed de tal modo, que el alma queda perpetuamente satisfecha, porque, como es agua viva, no se consume como el agua material en el que la bebe, sino que permanece siempre mientras no se arroja voluntariamente. Ella harta de tal modo al alma, que quita al propio tiempo la sed de los bienes materiales, cumpliéndose lo que dijo Cristo ²: «El que cree en Mí, no tendrá más sed; esto es, no tendrá sed ni apetito de cosa contraria á Mí, porque conmigo estará hartó y satisfecho. Esta agua viva es además como fuente que siempre mana, porque ella va creciendo y aumentando por los actos virtuosos á que inclina la misma gracia y el Espíritu Santo ³, que mora en el alma que la posee. Ella sale y crece, saltando y bullendo dentro del alma, inclinando con ímpetu á las cosas celestiales con grande alegría, presteza y prontitud; porque ni consiente ser detenida por las cosas terrenas, ni soporta dilaciones ni tardanzas, ni admite repugnancias y tedios, sino que hace saltar hasta su fuente, que es Dios. Por fin, ella salta hasta la vida eterna, porque es prenda ó arras de la gloria eterna, como dice san Pablo ⁴. ¡Dichoso tú si tienes la suerte de beber con abundancia de esta agua en los Santos Sacramentos! ¡Oh Señor de cielos y tierra! Dadme esta agua [viva, para que

¹ 1 Cor., II, 4. — ² Joan., VI, 35. — ³ Joan., VII, 38. — ⁴ Ephes., I, 4; 1 Cor., XIII, 8.

nunca tenga sed de otra cosa, ni me ocupe con ansia en buscar el agua de los bienes corporales y corruptibles, pues me bastan los espirituales y eternos. ¡Oh dulce Jesús, fuente de agua viva! Poned dentro de mi alma esta divina fuente, de modo que siempre bulla, crezca y salte hasta la vida eterna.

Epílogo y coloquios.—¡Cuán ardiente, fervoroso é incansable es el celo de Jesús por la salvación de las almas! Cansancios, fatigas, viajes largos, calores intensos: todo lo soporta y tolera para esto. Él las sale al encuentro, y cuando más descuidadas están, se les presenta para salvarlas. Nadie acaso merecía menos que la Samaritana la gracia del Señor. Esclava de sus pasiones, no sabía negarles cuanto le pedían, aunque fuese con escándalo del mundo; y, á pesar de todo, en ella fija Cristo sus ojos, la tiende amoroso lazo y persevera en su intento hasta que logra extinguir en su corazón el amor al mundo y entronizar en lugar suyo la caridad de Dios. ¡Oh amor inmenso y generoso de Dios para con los hombres! ¡Oh cortedad y miseria de los hombres para con Dios! Éstos niegan al Señor lo que les pide, y aun á veces le insultan porque les pide; Él les ofrece sus riquísimos dones sin pedírselos. Ellos le niegan un vaso de agua, una acción transitoria, la sumisión á su ley; Él en cambio quiere darles el agua viva de su gracia, don soberano que radicalmente quita la sed de bienes temporales, que permanece constantemente dentro del alma si el hombre no la rechaza, y que, inclinándole siempre con alegría á las cosas celestiales, le da una prenda segura de su salvación. ¿Cómo, en vista de esto, no amaremos la bondad infinita del Señor? ¿Nos atreveremos á negarle lo que nos pida? Pues, ¿qué desea de ti Jesús? ¿Qué propósitos te ha inspirado, y cuándo los debes cumplir? No uses con Jesús de la mezquindad que no tendrías con una vil criatura. Sé generoso con un Señor que tanto se distingue en este atributo. Para esto resuelve, ora, suplica y ruega por tí y por todos los que se han encomendado á tus oraciones.

92.—CONVERSIÓN DE LA SAMARITANA.

PRELUDIO 1.º Iluminada por la gracia de Cristo, la samaritana confesó sus pecados, se arrepintió, y fué á invitar á los suyos á que viniesen á escuchar á Jesucristo.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús hablando con la samaritana.

PRELUDIO 3.º Pide docilidad á las enseñanzas y correcciones del Señor y de sus ministros.

Punto 1.º *Modo admirable con que Jesús convirtió á la samaritana.*—Considera la destreza con que Jesús fué disponiendo á la samaritana para recibir la divina gracia, porque primeramente le descubrió el secreto de su vida licenciosa, manifestándole que sabía bien todos sus pecados, y que, aunque ella

negaba que tuviese marido, Él sabía perfectamente que había estado unida con cinco hombres, y que el actual no era suyo. Esta corrección y reprensión, no solamente no fué rechazada por la samaritana, ni se indignó por ella; sino que comenzó á venerar al Señor, teniéndole por profeta, y confesó la verdad, diciendo ¹: «Señor, veo que eres profeta», que fué decir: «Verdad es cuanto dices». Así principió la conversión de esta mujer. ¡Feliz aquel pecador que no rehúsa confesar sus propias culpas! Él obtendrá finalmente el perdón, si no desiste de practicar todos los medios para alcanzarlo. En segundo lugar, la enseñó el modo de honrar y servir á Dios; el cual no se contenta con sacrificios exteriores, como creía la samaritana, y por esta causa no cuidaba de limpiar su corazón; sino que quiere ser adorado en espíritu y en verdad, esto es, dentro de nuestro espíritu, que es el templo espiritual de Dios, en donde hemos de entrar, para hablar con Dios en lo escondido ². En verdad, no desmintiendo con el corazón lo que dice la lengua, conformando nuestros sentimientos con la verdad de la fe, y nuestra vida con la del Salvador, y las obras exteriores con las interiores, sin fingimiento ni doblez alguna. Y esta adoración puede y debe hacerse en todo lugar, sin concretarse á uno solo, como los judíos, que sólo debían ofrecer en el templo sus oraciones y sacrificios. ¡Oh doctrina soberana, que como rocío cayó en el corazón de la samaritana, y le ablandó para que en él fructificase esta preciosa semilla! ¡Oh Padre de misericordias!; pues me habéis hecho nacer en la ley de gracia, concededme que os adore, no en un solo lugar, sino en todas partes; no con sólo el cuerpo, sino con el espíritu; no con apariencias, sino con verdad; siguiéndoos á Vos que sois camino, verdad y vida, digno de eterna honra. ¿Conocemos y confesamos nuestras propias culpas? ¿Cómo adoramos ó servimos á Jesucristo?

Punto 2.º *Benignidad de Jesús y mudanza de la samaritana.*—Considera la benignidad de Jesucristo en descubrir claramente á esta mujer pecadora una verdad que había encubierto á los escribas y fariseos soberbios, porque diciendo ella que, viniendo el Mesías enseñaría todas las cosas, respondió el Señor: «Yo soy el que hablo contigo». ¡Cuán cierto es que el Señor revela á los pequeñuelos las cosas que esconde á los sabios altivos! Pero mucho más has de ponderar la maravillosa mudanza que en el ánimo de la samaritana obró esta sola palabra de Jesús. Porque en un instante ilustró su entendimiento con verdadera fe, para que conociese quién era el que hablaba con ella, y le creyese el Mesías. Ablandó su corazón, para que aborreciese su vida y extravíos pasados, y recibiese el agua de la divina gracia. Llenóla de tal gozo interior, que, olvidada del agua por la que

¹ Joan., iv, 19. — ² Matth., vi, 6. — ³ Joan., iv, 26.

había venido, y dejado el cántaro, volvióse á la ciudad con presteza á dar noticia de Cristo á sus conciudadanos, para que viniesen á gozar del tesoro que ella había hallado. Dióla una perfecta humildad; por lo cual no se desdenó de infamarse á sí misma en razón de honrar á Jesucristo, publicando que le había descubierto los secretos de su mala vida, para que le tuviesen por profeta, dándote ejemplo de anunciar la verdad, como dice san Pablo ¹, por infamia y buena fama. Infundióla grande prudencia en el modo de predicar á Cristo, porque no entró diciendo, «creedme, he visto un profeta; sin duda es el Mesías»; sino, conociendo su flaqueza mujeril, y que ella por sí no merecía ser creída, les decía: «Venid y ved», deseando que ellos por sus ojos viesen y se convenciesen de la verdad que les anunciaba. Finalmente: le comunicó tanto fervor y espíritu en sus palabras, que muchos salieron de la ciudad para ver á Cristo nuestro Señor, y por su causa creyeron en Él. ¿No nos confunde el celo, fervor, prudencia y humildad de la samaritana? ¿No imitaremos estas virtudes? ¡Oh riquezas de la divina gracia! ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! ¡Oh Dios mío! ¿Quién, sino Vos, pudiera tan presto trocar el corazón de esta mujer, y obrar en ella y por ella tantas maravillas? Corrido estoy de mi tibieza, al ver el fervor de esta pecadora. Ilustradme, Señor; encendedme y mudadme como á esta samaritana, para que os sirva y predique vuestras grandezas, de modo que sea digno instrumento de vuestra gloria.

Punto 3.º *Cuál es el manjar que apeetece Jesucristo.*—Viniendo los Apóstoles de la ciudad de comprar los alimentos, quedaron admirados de ver á su Maestro hablar á solas con una mujer, pareciéndoles excesiva humildad en su divino Maestro trabar pláticas con ella, presuponiendo que hablaría, como lo tenía de costumbre, de cosas celestiales. Mas, admiráronse también de que hablase á solas con ella, por ser cosa tan rara en Cristo que hablase de tal modo con mujeres; pero no le dijeron nada, porque veneraban todo lo que su Maestro hacía, sin juzgar mal de cosa que hiciese. De lo cual deben los superiores sacar aviso para tener recato en semejanthes pláticas, si no es en caso raro de urgente necesidad; y los súbditos tomar ejemplo para no juzgar mal ni sospechar de los dichos y hechos de sus mayores, á los cuales deben venerar como santos, acordándose de aquello del Salmo ²: «No toquéis á mis Cristos, ni uséis de malignidad con mis Profetas». Pondera cómo, diciendo los Apóstoles al Señor que comiese, respondió ³: «Tengo otro manjar que comer que vosotros no sabéis. Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió, y perfeccionar su obra». Mira cuán grande estima tenía Cristo de hacer la voluntad de su Padre, que era la conver-

¹ II Cor. vi, 8. — ² Psalm. LXXIV, 11. — ³ Psalm. civ, 15. — ⁴ Joan., iv, 34.

sión de las almas; pues estando cansado y hambriento, ni quiere comer, ni gusta de ello; antes dice que su manjar es hacer esta voluntad, y no como quiera, sino con grande perfección y entereza; y aunque le había de costar hiel y vinagre, todo le pareció dulce, por ser la voluntad del que tanto amaba. Procura no te haya de decir lo que á los Apóstoles: «Como un manjar que tú no sabes»; porque si eres desobediente á la ley de Dios, y á sus inspiraciones, y á los mandatos de tus superiores, no conoces el manjar que come Cristo, ni lo pruebas, ni gustas de él, ni es para ti manjar; y así, no comiéndole, tampoco vivirás la vida de Cristo. ¡Oh dulce Jesús! Concededme que tenga por comida cumplir vuestra voluntad y no la mía, haciendo con perfección la obra que me mandáis, y comiendo con tanta hambre este manjar del alma, que me haga olvidar el manjar del cuerpo. ¿Hallamos nuestro gusto y contento en cumplir la voluntad de Dios? ¿Imitamos la prudencia de Jesús en el trato con personas de otro sexo? ¿Nos dejamos llevar de juicios desfavorables á nuestros prójimos?

Epílogo y coloquios. ¡Oh Sabiduría infinita de Jesús! ¡Cómo sabe perfectamente los senderos todos por donde se ha de insinuar y penetrar en el corazón humano! Quiere convertír á la samaritana, y le pregunta por su marido, no por otro motivo, sino para traerle á la memoria su vida licenciosa, y despertar en su corazón, hasta entonces encenagado en el vicio, algún sentimiento de rubor y vergüenza saludable, que le vaya disponiendo para recibir la gracia. Él se digna enseñarla el modo de adorar, honrar y servir á Dios, no contentándose con solas obras exteriores, sino entrando en el corazón y adorándole en el espíritu, con toda verdad, sin fingimiento, hipocresía ni simulación alguna. Él la dice que es el Mesías, lo cual no había declarado nunca de un modo tan manifiesto á los mismos judíos. ¡Oh dignación infinita de Jesús! Pero, ¡qué cambio obra en la Samaritana esta sublime revelación! Antes era incrédula y trataba con menosprecio á Cristo; ahora es fiel y le cree Mesías: antes apegada al mundo y á sus falsos bienes; ahora pura y limpia de todo afecto desordenado: antes soberbia; ahora humilde hasta declarar públicamente sus delitos: antes cobarde para lo bueno y atrevida para lo malo; ahora animosa para el bien y enemiga de todo mal; y de escandalosa pecadora se convierte en prudente y celosa predicadora de Jesucristo. Así sabe el Señor mudar los corazones; y esto es lo que le contenta, deleita y da gusto; este es su manjar: la conversión de las almas, el buscar la gloria de su Padre, y cumplir su voluntad santísima. ¡Ojalá fuese también este nuestro alimento! Mas, ¿qué quiere de nosotros el Señor? ¿Cómo trabajamos para salvar las almas? ¿Hallamos gusto y suavidad en cumplir la voluntad de Dios? ¿Es este nuestro regalado y nutritivo manjar? Posible es que busquemos más bien nuestro contento en cumplir nuestra voluntad con olvido de la divina. Si de

esto nos remuerde la conciencia, formemos serios y firmes propósitos, confirmémoslos con fervientes súplicas, y no olvidemos rogar por las demás necesidades.

93.—DE LA MUJER ADÚLTERA.

PRELUDIO 1.º Presentaron á Jesús una mujer adúltera, para que la sentenciase según la ley; mas Él, no sólo no la sentenció, sino que la libró de sus acusadores y la perdonó sus pecados.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús escribiendo en el suelo, y á los acusadores de la mujer que se van marchando.

PRELUDIO 3.º Pide grande odio al pecado y compasión del pecador.

Punto 1.º *Jesús oyó la acusación de los fariseos, y se puso á escribir en el suelo.*—Considera cómo los fariseos, deseosos de tentar á Jesús, le presentaron una mujer cogida en adulterio, preguntándole si la apedrearían ó no ¹. Esto hacían para tener ocasión de acusarle de poco misericordioso, en el caso en que la condenase, ó de transgresor de la ley, en el caso en que la absolviese. ¡Cuánta es la malicia del hombre, que se atreve á tentar al mismo Dios! Pondera cómo Jesús, oyendo la pregunta de los fariseos, se inclinó y comenzó á escribir con el dedo en la tierra. Esto hizo para manifestar el poco caso que hacía de aquella pregunta capciosa, porque ni le tocaba entonces el ser juez ² de aquella causa en el juicio exterior, ni se quería meter en ella; enseñando que los que se han dedicado al servicio de Dios, no se deben implicar ni enredar en negocios seculares ³, que no les tocan. Además, quiso significar que los asuntos graves, en los que se interesa la honra y vida del prójimo, no deben tratarse precipitadamente, sino despacio, con mesura y prudencia, escribiendo, leyendo y entendiendo bien lo que pasa, porque muchas veces los hombres se engañan, juzgando por malo lo que no lo es, y condenando por criminal á un inocente. Pretendió también recordar á aquellos acusadores, que con tanta malicia procedían, que Él era el mismo Dios que había escrito la ley en tablas de piedra, escribiendo en ella, no sólo un mandamiento contra la adúltera, sino también otro contra los que faltasen á la caridad en la acusación, ó en el modo, ó en la intención que tenían al hacerla, en lo cual estaban ellos incluidos. Pondera cómo, aunque no dicen los Evangelistas lo que escribió el Señor, creen muchos doctores ⁴ que escribía los pecados de los acusadores, como diciéndoles ⁵: «Veis la paja en el ojo de vuestro hermano, y no veis la viga que tenéis atravesada en el vuestro». Porque aquellos miserables estaban tan ciegos con su

¹ Joan., viii, 3. — ² Luc., xii, 14. — ³ II Tim., ii, 4. — ⁴ S. Ambr., S. Jeron., etc.

⁵ Matth., vii, 3.

pasión, y tan embebidos en acusar á la mujer para salir con su intento, que no advertían en sus propias culpas, y sólo en encarecer las ajenas. ¿Imitas tú á los fariseos, poniendo ocasión de tropiezo á tu prójimo? ¿Sigues el ejemplo de Jesús en los juicios acerca de tus hermanos? ¡Oh Maestro del cielo! Esclareced los ojos de mi alma para que vea las vigas de mis pecados, sin meterme temerariamente en los ajenos; aumentad en ella la caridad para que, mirando á mis prójimos con ojos misericordiosos, me mire á mí sólo con ojos severos, juzgándome con aquel rigor que por Vos he de ser juzgado en la muerte.

Punto 2.º *Jesús confundió á los fariseos, diciendo que arrojase la primera piedra aquel que estuviese limpio de culpa.*—Considera cómo, perseverando los fariseos en su pregunta, se levantó el Señor, y les dijo: «El que de vosotros esté sin pecado arroje la primera piedra»; y luego continuó escribiendo. En lo cual has de ver la divina prudencia de tu Salvador: porque sin ir contra la ley, ni condenar á la mujer, confundió á los acusadores, y esto con gran rectitud, como lo indica la acción de levantarse y ponerse derecho para pronunciar la sentencia. Mas pondera cómo con esta palabra revolvió el Señor las conciencias de aquellos malvados acusadores, trayéndoles á la memoria las muchas iniquidades que habían cometido y tenían muy olvidadas; para que así, confundidos de sus propias culpas, cesasen de acusar á la mujer y de pedir su muerte, porque ellos la tenían muy más merecida. Y así sucedió, porque luego comenzaron á marcharse, avergonzados, uno en pos de otro, principiando los más viejos, los cuales, como encanecidos en las culpas, no podían soportar la presencia de aquel Señor que con tanta claridad las veía. ¡Cuán grande será la confusión del pecador en la hora de su muerte y del juicio, cuando aparezca delante de Dios, sin poder esconder sus pecados, que tan ocultos estaban á las miradas de los hombres. Pero mira cómo el Señor, para darles lugar á que hiciesen lo que debían hacer, se inclinó segunda vez á escribir en tierra, dejando á la conciencia de ellos el aplicar la sentencia. Mas los desventurados, movidos por el orgullo, menospreciaron la ocasión; y aunque conocieron sus culpas y se confundieron por ellas, no quisieron confesarlas con verdadero dolor delante del Juez que los podía perdonar, sino que corridos se fueron de su presencia: en lo cual se ve la diferencia entre varios pecadores; porque unos, muy obstinados en su pecado, no lo confiesan, sino huyen de Dios, y quieren esconderse de Él, como Adán¹; pero otros, tocados de la gracia, como el publicano y la Magdalena, corren á Dios para que los perdone. ¡Oh Padre misericordiosísimo y Juez justo! Aunque conozco mis culpas, no quiero huir de Vos, como huyeron estos hijos del Adán terreno,

¹ Gen., iii, 10.

imitando á su propio padre; antes, Señor, porque soy pecador, vengo á vuestra presencia, como enfermo al médico, confesando con vergüenza mis culpas, para que me concedáis entero perdón de ellas. ¿No nos admira la prudencia y caridad de Jesús en defender á los pecadores? ¿No confiaremos en Él? ¿Nos atreveremos á juzgar á nuestros prójimos siendo nosotros tan pecadores?

Punto 3.º *Jesús despide con caritativas palabras á la adúltera y la perdona.*—Considera cómo, levantándose segunda vez Jesús, dijo á la mujer: «¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, dijo ella. Díjola Jesús: Ni yo te condenaré; vete y no quieras más pecar¹». Acerca de esto observa cómo Jesús se levantó dos veces de donde estaba inclinado, escribiendo en la tierra; la una, para mirar á los fariseos y confundirlos con su justicia; la otra, para mirar á esta pobre mujer y darla libre con su misericordia. Porque los ojos de Dios miran á los pecadores rebeldes para castigarlos, y á los pecadores contritos para perdonarlos; y en ambas cosas es recto, justo y santo, como dice David²; empero, después que miró á los fariseos, se tornó á inclinar por no verlos, como indignos de su vista y como gente de cuya presencia se apartaba por ser indigna de ella; mas á esta mujer miróla con misericordia y despidióla con buena gracia, porque estaba contrita y humillada. Pondera también cómo, libre esta mujer de los acusadores y estando sola delante de Jesús, se compungió de su pecado grandemente, avergonzándose de haberle cometido, y esperando la sentencia del Señor, en cuya presencia estaba; pero Jesús la consoló, diciéndole: «¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado?» Como quien dice: De Mí has recibido este bien, que los acusadores se hayan ido, dejándote libre. Y pues ellos no te condenan, no seré Yo más cruel que ellos; y así, ni Yo te condenaré, porque no vine á condenar pecadores, sino á salvarlos; por tanto, vete libre. Con lo cual, no sólo la libró de la muerte temporal, sino de la eterna, y también de la culpa que la hacía merecedora de una y otra. ¡Cuán agradecida quedaría á Jesús esta pobre pecadora! ¡Cómo grabaría en su memoria y cumpliría exactamente el encargo que la hizo, diciéndola: No quieras más pecar! ¡Oh dulcísimo y misericordiosísimo Jesús, amparo y refugio de los pecadores! ¿Con qué os pagaré, Señor, el amor y cuidado que conmigo tenéis? ¿Quién se atreverá á acusarme y condenarme, si Vos me justificáis y dais por libre? ¿Cómo no me fiaré de vuestra misericordia, si en vuestra presencia se deshace toda mi miseria³? ¡Oh alma! ¿Cómo pagarás á Jesús el cuidado que tiene de ti? ¿Te ha dicho alguna vez: No peques más? ¿Cómo has obedecido á este mandato?

¹ Joan., viii, 11 — ² Psalm. xxxiii, 7; cxliv, 17. — ³ Rom., viii, 34.

⁴ Psalm. cxviii, 134.

Epílogo y coloquios. ¡Oh astucia luciferina de los fariseos! Pretenden tentar á Dios una y otra vez; le tienden cada día nuevos lazos, y hacen preguntas capciosas para tener ocasión de acusarle. ¡Vana pretensión! Jesús burla todos sus intentos, y los deja enteramente confundidos. Hoy le presentan una mujer adúltera, para que la imponga la pena prescrita en la ley de Moisés; Jesús, que lee en sus corazones y los ve más corrompidos que el de la pobre pecadora, sin contestar una sola palabra; se inclina y escribe en tierra, tal vez los pecados de ellos. Insisten en la acusación; apremian al Señor á que dé el fallo; no quieren demoras; y entonces Jesucristo se levanta, y mirándolos con ojos severos, les dice: «Aquel de vosotros que se halle sin pecado, arroje primero la piedra». ¡Oh sentencia justísima, rectísima y terrible para los acusadores! Ciertamente que ellos no la esperaban. Ella les ha descorrido el velo que encubría sus propios pecados, y al verlos en toda su deformidad, no se atreven á permanecer más tiempo delante de un Señor que los conoce muy á fondo, y así, corridos de vergüenza, van desfilando todos, empezando por los más ancianos, que, á imitación de los detractores de Susana, quizá estaban también encanecidos en la maldad¹. El Señor ha triunfado una vez más de la astucia maliciosa de los fariseos. Ya se levanta para dar una mirada compasiva á la pobre mujer que, sola, compungida, avergonzada y en pie, está delante de Jesús, esperando la sentencia. Vete en paz, la dice, y no vuelvas á pecar. ¡Oh caridad de Jesús! ¿Quién no os amará? ¿Quién no confiará en Vos? ¿Sentimos nosotros que nuestras almas han sido infieles á Dios, posponiéndole á las criaturas? Pues ¿por qué no acudimos á Jesús, pidiendo misericordia? ¡Ah! Si viéramos y conociéramos la fealdad de nuestras culpas, ¡con cuánto rubor nos presentaríamos á Jesús! Propongamos hacer cuanto nos sea necesario para conocerlas y detestarlas, y para lograrlo, pidamos auxilios al Señor, y roguemos por todas las cosas que se nos han encomendado.

94.—CONVERSIÓN DE ZAQUEO.

PRELUDIO 1.º Deseoso Zaqueo de ver á Jesús, subióse á un árbol; el Señor le llamó, pidiéndole hospedaje en su casa, y estando en ella, convirtiéndose él con toda su familia.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo llamando á Zaqueo.

PRELUDIO 3.º Pide obediencia al llamamiento de Jesucristo.

Punto 1.º Deseos de Zaqueo de ver á Jesús.—Había en Jericó un hombre rico llamado Zaqueo, el cual era como el príncipe de los arrendadores de los tributos, y, por consiguiente, reputado entre los judíos por hombre muy injusto y ladrón; y

¹ Dan., xiii, 52.

deseando ver á Jesús, y no pudiendo por ser bajo de estatura, corriendo se subió á un árbol para verle al paso¹. Considera aquí cómo el principio de la conversión de Zaqueo fué un deseo vehemente de ver á Jesús, inspirado por Dios, y de conocerle de vista, confiando que esta sola vista le dejaría medrado, y no le engañó su corazón. Tal suele ser siempre el principio de nuestro remedio: ver con viva fe á Jesucristo nuestro Redentor, y conocerle del modo que pasó y vivió en este mundo, figurado por Jericó; mirarle pobre, manso, humilde y crucificado por amor á los hombres; porque nada hay que tan eficazmente descubra la malicia del pecado, la terribilidad de la justicia de Dios, y la severidad de los divinos castigos, como esta vista. Y si la vista de la serpiente de metal, puesta en un palo², bastó para curar las heridas de los israelitas mordidos por las serpientes, mucho más bastará la vista de un Dios crucificado para disponernos á recibir el perdón de los pecados. Reflexiona la eficacia de este deseo de Zaqueo, y la diligencia que puso en cumplirle, atropellando la honra mundana y el qué dirán todos, viendo á un hombre rico y principal correr como un niño y subirse encima de un árbol. Es de creer que los pasajeros harían burla de él, sobre todo al verle tan pequeño de estatura. Por este ejemplo debes entender que, cuando Dios te inspire buenos deseos, has de atropellar la honra del mundo, en razón de cumplirlos, por salvarte; y, como Zaqueo, has de subir sobre el árbol sicomoro, que es higuera loca³ y silvestre, hollando los regalos del mundo y sus riquezas y honras, abrazando lo que él tiene por locura, que es la cruz de Cristo. ¡Oh buen Jesús, que por mi causa subisteis al árbol de la cruz, donde fuisteis despreciado y mofado de los hombres! Dadme gracia para que yo también suba á este árbol, que es sabiduría para los escogidos y locura para los mundanos⁴; porque cierto estoy que, si subo á él con espíritu, luego me miraréis como á Zaqueo con ojos de misericordia. ¡Oh alma! ¿No sientes en ti deseos de ver y conocer á Jesús? ¿No suspiras por conservar su dulce y provechosa presencia? ¿Qué medios practicas para esto?

Punto 2.º Jesús llamó á Zaqueo, pidiéndole hospedaje en su casa.—Considera cómo Jesucristo, rico en bondad y misericordia, deseoso de complacer á Zaqueo, al llegar al lugar donde estaba, levantó los ojos, y hablóle, diciendo: «Zaqueo, presto baja de ahí, porque conviene que Yo me hospede hoy en tu casa». Fija tu atención en cada una de estas palabras, que tienen particular misterio. Llámale primeramente por su propio nombre, para que entendiéndose que, aunque nunca le había visto, le conocía bien, y sabía su nombre y le tenía escrito en el libro de la vida, y deseaba henchir el vacío de él, porque Zaqueo

¹ Luc., xix, 1. — ² Num., xxi, 9. — ³ Teophilac.; S. Gregor. — ⁴ 1 Cor., i, 23.